

Bianchon habíale hecho tomar un vomitivo, disponiendo que las substancias devueltas por el enfermo fuesen llevadas al hospital en que él, Bianchon, seguía sus estudios, para ser allí analizadas químicamente. Viendo el empeño que ponía la Michonneau en tirárselas, fortificáronse sus dudas, ya muy avivadas, por la rapidez con que Vautrin se había repuesto. Era indudable que el gran jaranero de la casa había sido víctima de una maquinación. Cuando volvió Rastignac, hallábase ya de pie en el comedor, junto á la estufa. Atraídos antes de la hora acostumbrada, por la noticia del duelo del hijo de Taillefer, los huéspedes, ansiosos de conocer los detalles del suceso y la influencia que en el porvenir de Victorina había tenido, estaban ya reunidos, menos el tío Goriot, y charlaban acerca de lo ocurrido. Cuando entró Eugenio, encontráronse sus ojos con los del imperturbable Vautrin, el cual le dirigió una tan penetrante mirada, que hirió las cuerdas inferiores que aún quedaban en su alma, haciéndole temblar.

— Está visto, querido joven, díjole el expresidario, la Chata no ha podido ni podrá en mucho tiempo conmigo. Según dicen las señoras, he tenido una congestión capaz de matar á un buey.

— Bien puede usted decir que á un toro, exclamó la viuda de Vauquer.

— ¿Le pesa á usted verme con vida? dijo Vautrin al oído de Rastignac, cuyo pensamiento creía adivinar. Denotaría usted condiciones de primer orden.

— La verdad es, dijo Bianchon, que á usted le sentaría muy bien el apodo de un tal *Engaña-la-Muerte*,

de quien la señorita Michonneau hablaba antes de ayer.

Aquel nombre produjo en Vautrin el efecto de un rayo. Palideció, se tambaleó, y su magnética mirada cayó como la luz del sol sobre la solterona, á la cual aquel impulso de voluntad dejó como muerta, derribándola sobre una silla. Poiret interpúsose rápidamente entre ella y Vautrin, comprendiendo que se hallaba en peligro, de tal manera la cara del expresidario volvióse ferozmente significativa al despojarse de la careta de bonacheria bajo la que ocultaba su verdadero temperamento. Los demás huéspedes, que nada comprendieron de aquel drama, quedáronse estupefactos.

En aquel momento oyóse el paso de muchos hombres y el ruido que producían los soldados al descansar los fusiles sobre el pavimento de la calle. Collin miraba á las ventanas y á las paredes buscando maquinalmente una salida, cuando aparecieron en la puerta de la sala cuatro individuos. El primero era el jefe de la policía, y los otros tres oficiales de orden público.

— ¡ En nombre de la ley y del rey! dijo uno de ellos cuya voz fué cubierta por un murmullo de asombro.

Pronto reinó absoluto silencio en el comedor, y los huéspedes se apartaron para dejar el paso libre á tres de los recién llegados, todos los cuales tenían metida a mano en el bolsillo de costado, empuñando una pistola armada. Dos gendarmes que seguían á los agentes ocuparon la puerta de la sala, y otros dos parecieron en la que conducía á la escalera. En el

empedrado de la calle oíase el ruido de los soldados y de los fusiles. No le quedaba á *Engaña-la-Muerte*, en quien se fijaron irresistiblemente los ojos de todos, ninguna esperanza de salvación.

El jefe se llegó á él y comenzó por darle tan violenta palmada en la cabeza, que hizo saltar de ella la peluca dejando en descubierto, en todo su horror, la cabeza de Collin. Cubierta, como el rostro, de cortos cabellos color ladrillo, que daban al busto terrible aspecto de energía y de astucia, en armonía con el cuerpo, quedó el conjunto iluminado cual si un fuego infernal le hubiera envuelto en su siniestra claridad. Todos comprendieron entonces á Vautrin, su pasado, su presente y su porvenir, sus doctrinas implacables, la religión de la propia voluntad, la realeza que le daban el cinismo de sus pensamientos, de sus actos, y la fuerza de una organización capaz de atreverse con todo y con todos. Subiósele la sangre al rostro y brilláronle los ojos como á un gato salvaje. Saltó sobre sí mismo con un movimiento de tan feroz energía y rugió de tal modo que los huéspedes lanzaron un grito de terror. Ante aquel gesto de león y movidos además por el clamor general, sacaron los agentes las pistolas. Comprendió Collin el peligro que corría al ver brillar el gatillo de cada arma, y dió de repente prueba de la más poderosa energía humana. ¡Horrible y majestuoso espectáculo! Su fisonomía presentó análogo fenómeno al que se observa en una caldera llena de ese vapor capaz de mover una montaña, pero al que una gota de agua precipita y disuelve en un abrir y cerrar de ojos. La gota de agua que en-

frío su furor fué una reflexión rápida como un rayo. Sonrió mirando á la peluca.

— Por lo visto no es hoy el día en que has de mostrarte bien educado, dijo al jefe de policía.

Y tendió las manos á los guardias llamándolos con un movimiento de cabeza.

— Señores guardias, dijo, pónganme ustedes las esposas. Tomo á los presentes por testigos de que no hago la menor resistencia.

Un murmullo de admiración, arrancado á los presentes por la rapidez con que salieron de aquel volcán humano la lava y el fuego y se recogieron á él, se escuchó en toda la sala.

— Parece no agradarte esto, señor fanfarrón, dijo nuevamente el presidiario mirando al célebre director de la policía judicial.

— ¡Ea, á desnudarse! le contestó en tono despreciativo el hombre de la callejuela de Santa Ana.

— ¿Para qué? dijo Collin. Hay señoras delante. Además no tengo armas, y me rindo.

Detúvose y miró á la asamblea como un orador que va á decir cosas sorprendentes.

— Escriba usted, tío Lachapelle, añadió dirigiéndose á un hombrecillo anciano, de blancos cabellos, que se había sentado al otro extremo de la mesa después de haber sacado de la cartera el acta de la detención. Confieso ser Santiago Collin, llamado *Engaña-la-Muerte*, condenado á veinte años de presidio; acabo de probar que no he usurpado el apodo que me han dado, porque, si hubiera levantado siquiera la mano, esos tres soplones hubieran sembrado de sesos míos el

suelo doméstico de la señora viuda de Vauquer. ¡Vaya unas trampas que arman estos tíos!

Al oír estas palabras sintióse mala la patrona.

— ¡Señor! ¡Señor! esto me costará una enfermedad; yo que ayer estaba en el teatro de la Gaíte con él, dijo á Silvia.

— Tenga usted filosofía, mamá, exclamó Collin. ¿Por qué siente usted haber ido conmigo al teatro? ¿Es usted acaso mejor que yo? Menos infamia llevamos nosotros en el **hombro** que vosotros en el corazón, miembros exangües de una sociedad gangrenada: tenía yo á mi disposición al mejor de todos vosotros.

Detuviéronse sus ojos en Rastignac, al cual dirigió una sonrisa afectuosa que contrastó singularmente con la ruda expresión de su fisonomía.

— Queda firme lo convenido, monín, añadió; siempre, por supuesto, que á usted le convenga. Ya me entiende... No pase usted cuidado, que yo sé cobrar mis cuentas. ¡Me temen demasiado para estafarme!

El presidio, con su lenguaje y sus costumbres, con sus bruscas transiciones de lo alegre á lo horrible, con su grandeza espantosa, sus familiaridades y bajezas, apareció de repente representado en aquella interpelación y por aquel hombre, que no fué tal hombre, sino el tipo de toda una nación degenerada, de un pueblo salvaje y lógico, brutal y flexible. En un instante transformóse Collin en un poeta infernal, en el que se dibujaron todos los sentimientos humanos, menos uno solo: el arrepentimiento. Su mirada

era la de un arcángel caído, pero dispuesto á pelear. Rastignac bajó los ojos aceptando aquella especie de solidaridad criminal en justo castigo de sus malos pensamientos.

— ¿Quién me ha vendido? exclamó Collin, paseando su terrible mirada por los circunstantes.

Después, deteniéndola en la señorita Michonneau, añadió:

— ¡Tú, tú has sido, saco viejo! ¡Me has proporcionado una congestión simulada, curiosa! Con dos palabras que yo dijera, antes de ocho días te habrían cortado la cabeza. Pero te perdono, porque soy cristiano... y porque realmente la verdadera traición no es la tuya. ¿De quién ha sido?... ¡Ah! ¡ah! exclamó oyendo á los agentes de la policía judicial registrar su cuarto y apoderándose de sus ropas y demás objetos. Las pájaros volaron ayer, de modo que no encontraréis nada. Aquí tengo yo mis libros comerciales, dijo dándose una palmada en la frente. Pero ahora sé quién me ha vendido. No puede haber sido otro que ese pillo de *Hilo-de-seda*. ¿No es cierto lo que digo, tío zarpas? añadió dirigiéndose al jefe; porque esta sorpresa parece consecuencia de haber tenido yo allá arriba unos billetes de banco. ¡Pero ya no están, mis queridos soplones! En cuanto á *Hilo-de-seda*, antes de quince días estará comiendo hierba por las raíces, aunque le hagáis custodiar por toda la gendarmería... ¿Cuánto le habéis dado á esta Michoncita? Acaso tres mil francos! Creo valer algo más. Ninón cañada, Pompadour harapienta, Venus del Père-Lachaise, si me hubieras prevenido, hubieras ganado seis mil.

¡Ah! no sospechabas tú tal cosa, vieja comerciante en carne humana, que si lo hubieras creído habría tenido yo la preferencia. Si, te los hubiera dado para evitarme un viaje que me contraría y que me va á hacer perder dinero, siguió diciendo mientras le ponían las esposas. Esta gente se va á dar el gusto de traerme y llevarme de un lado á otro sabe Dios cuánto tiempo, para ver si me aburro y canto. Si me enviaran desde luego al presidio, pronto volvería yo á mis ocupaciones á pesar de los pobrecillos mirones del muelle des Orfèvres. Toda la gente de por allá echará el resto hasta devolver á libertad á su general, al buen *Engaña-la-Muerte*. ¿Tiene alguno de vosotros una riqueza comparable á la que yo tengo en esos diez mil hermanos dispuestos á sacrificarse por mí? ¡Este está sano! añadió golpeándose el pecho del lado del corazón; al menos jamás he traicionado á nadie. Mira, espuerta vieja, obsérvalos, dijo encarándose con la solterona. Yo les causo terror, pero tú les das asco. Recoge la parte que te corresponde.

Hizo una pausa y quedóse mirando á los huéspedes.

— ¡Cuidado que sois majaderos, vosotros! ¡Qué! no habías visto nunca á un presidiario? Un presidiario del temple de Collin, aquí presente, es un hombre menos cobarde que los otros y que protesta contra las grandes injusticias del pacto social, como dice Juan Jacobo ¹, de quien tengo el honor de ser discípulo. En una palabra, yo solo peleo contra el go-

1. Juan Jacobo Rousseau.

bierno con todos sus tribunales, gendarmes y presupuestos, y le zurro.

— ¡Diantre! dijo el pintor, la verdad es que se podía sacar de él un gran dibujo.

— Dime, niño del verdugo, gobernador de *la viuda* (nombre terriblemente poético que dan los presidiarios franceses á la guillotina), añadió dirigiéndose al jefe de policía, sé buen muchacho, y si en efecto ha sido *Hilo-de-seda* el que me ha vendido, decláramelo. No quiero que pague por otro, porque no sería justo.

En esto volvieron los agentes, después de haberlo registrado é inventariado todo, y hablaron en voz baja con el jefe. Quedaba terminada el acta de detención.

— Señores, dijo Collin, dirigiéndose á los mirones huéspedes, me van á llevar. Doy á ustedes las gracias por las bondades que han tenido conmigo durante mi estancia en esta casa. Ustedes lo pasen bien. Tendré mucho gusto en enviarles unos higos de Provenza.

Dió algunos pasos y se volvió hacia Rastignac.

— Adiós, Eugenio, dijo con voz dulce y triste que contrastaba vivamente con el tono brusco de cuanto hasta entonces había dicho. Te dejo recomendado á un amigo de toda confianza por si te ves en algún apuro.

A pesar de las esposas, pudo ponerse en guardia, hizo una llamada propia de un maestro de armas, gritó: « ¡Una, dos! » y se tendió á fondo.

— Si algo te estorba, dirígete á él. Puedes disponer de su dinero y de él.

Aquel singular sujeto supo dar á sus dichos tal tono de broma, que sólo Rasgtinac y él pudieron comprenderlos. Cuando quedó libre la casa de guardias, de soldados y de agentes de policía, Silvia, que estaba frotando á su ama las sienes con un pañito mojado en vinagre, miró á los asombrados huéspedes.

— ¡Vaya, que eso es todo un hombre! exclamó.

Rompió esta frase el encanto que en cada cual producían la afluencia y la diversidad de los sentimientos determinados por aquella escena. Miráronse unos á otros, y al momento se fijaron todos en la Michonneau que, escuálida y fría como una momia, hallábase acurrucada junto á la estufa y con los ojos fijos en el suelo, como temiendo que no bastara la sombra de la pantalla para ocultar la expresión de sus miradas.

Aquella cara, que desde hacía tiempo les era anti-pática, quedó explicada en un minuto. Surgió amenazador y unánime un sordo murmullo, denunciador elocuente del disgusto de todos los presentes. La Michonneau le oyó, pero se quedó. Bianchon fué el primero que, inclinándose hacia el que más cerca tenía, le dijo al oído :

— Me largo si esa mujer ha de seguir comiendo con nosotros.

En un momento todos menos Poiret aprobaron la idea del estudiante de medicina, el cual, animado por el apoyo de los demás, dijo al viejo :

— Usted que tiene relaciones especiales con la señorita Michonneau, hágale comprender que debe marcharse de aquí inmediatamente.

¿Inmediatamente? repitió Poiret admirado.

Luego se acercó á la solterona y la habló al oído.

— Mi pupilaje está pagado, y estoy aquí por mi dinero como los demás por el suyo, dijo, dirigiendo á los huéspedes una mirada de víbora.

— Si no es más que eso, dijo Rastignac, echaremos un guante para devolvérselo á usted.

— El señor defiende á Collin, ya se sabe por qué, respondió, clavando en el estudiante una mirada venenosa é interrogadora.

Eugenio, al oír tal cosa, dió un salto como para caer sobre ella y estrangularla. Su mirar, cuya perfidia comprendió, acababa de iluminarle el alma con una luz horrible.

— Desprecie usted ese bicho, exclamaron los huéspedes.

Cruzóse de brazos Rastignac y guardó silencio.

— Acabemos con lo referente á la señorita Judas, dijo el pintor á la viuda de Vauquer. Señora, si no planta usted en la calle á la Michonneau, todos nos marchamos de este tugurio, y diremos por donde quiera que vayamos que sólo viven en él espías y presidiarios. En el caso contrario, guardaremos el secreto de este suceso, el cual, á decir verdad, pudiera ocurrir en la más empingorotada sociedad, mientras no vayan señalados en la frente los presidiarios y no se les prohíba disfrazarse de burgueses de París, sin ser tan estúpidamente bromistas como lo son todos.

Al oír estas palabras, recobró milagrosamente la Vauquer la salud perdida. Púsose en pie, se cruzó de

brazos y abrió sus claros ojos limpios de todo vestigio de lágrimas.

— Pero, señor mío, ¿usted se ha propuesto la ruina de mi casa? Ahora que el señor Vautrin... ¡Dios mío! dijo interrumpiéndose á sí misma, no puedo dejar de llamarle por su nombre de persona decente... Ahora que me ha quedado un cuarto vacío, quiere usted que se me queden por alquilar otros dos, precisamente en esta época del año en que ya todo el mundo tiene casa para rato donde quiera que se haya fijado.

— Señores, cojamos los sombreros y vámonos á comer, plaza de la Sorbona, en casa de Flicoteaux, dijo Bianchon.

Al instante calculó la viuda qué era lo que más cuenta le tenía, y con paso incierto llegóse á la Michonneau.

— Vamos, hijita mía, usted no querrá la muerte de mi establecimiento, ¿eh?... Ya ve usted á qué extremidad me reducen estos señores; por esta noche, quédese usted en su cuarto.

— Eso no, eso no, gritaron los pupilos, queremos que se vaya inmediatamente.

— ¡Pero esta pobre señorita no ha comido! observó Poiret en tono lastimero.

— Que se vaya á comer adonde mejor le parezca, gritaron varias voces.

— ¡A la calle la soplona!

— ¡A la calle los soplones!

— Señores, exclamó Poiret, sintiendo bullir en sí ese ánimo que el amor presta hasta á los carneros, respeten usted el sexo débil.

Los soplones no tienen sexo, dijo el pintor.

— ¡Famoso sexorama!

— ¡A la callerama!

— Señores, esto es indecente. Cuando se despide á la gente, siquiera hay que hacerlo con buenos modales. Como hemos pagado, nos quedamos, dijo Poiret, poniéndose la gorra y sentándose en una silla al lado de la solterona, á la que estaba haciendo cargos la patrona.

— ¡Pillín! le dijo el pintor irónicamente; ¡calla, pillín!

— Vaya, si usted no se va, nos vamos todos, añadió Bianchon.

Y todos los huéspedes ejecutaron en masa un movimiento hacia el salón.

— ¿Cuáles son sus intenciones, señorita? exclamó la Vauquer. Estoy arruinada. No puede usted quedarse, porque son capaces de recurrir á la fuerza.

La señorita Michonneau se puso en pie.

— ¡Se irá! ¡No se irá! ¡Se irá! ¡No se irá!

Estas exclamaciones alternadas, y la hostilidad de las frases que contra ella comenzaban á pronunciarse, obligaron á la solterona á marcharse, no sin haber estipulado ciertas condiciones con la patrona en voz baja.

— Me voy á casa de la Buneaud, dijo con aire de amenaza.

— Vaya usted adonde quiera, señorita, dijo la Vauquer, que estimó como cruel injuria la elección que hacía la solterona de una casa rival de la suya y por tanto odiosa. Vaya usted donde la Buneaud, donde la

darán á usted vino capaz de volver loca á una cabra, y platos de desechos de otras mesas.

Colocáronse en dos hileras los pupilos, guardando profundo silencio. Poiret miró tan tiernamente á la señorita Michonneau, y mostraba una indecisión tan infantil, sin saber si irse con ella ó quedarse, que todos los presentes, contentos al ver que la solterona se marchaba, echáronse á reír mirándose.

— ¡Je, je, Poiret! le gritó el pintor. ¡Vamos, arre, alza!

El empleado del Museo se puso á cantar cómicamente este principio de una romanza que todo el mundo sabía :

Al marcharse á Siria
El joven y hermoso Dunois.

— ¡Vamos, larguese con ella! está usted reven-
tando por seguirla. *Trahit sua quemque voluptas*,
dijo Bianchon.

— Cada oveja con su pareja, traducción libre de
Virgilio, dijo el pasante.

Habiendo la Michonneau hecho ademán de cogerse
del brazo de Poiret, no pudo éste resistir á tal súplica
de auxilio, y fué á prestarle apoyo á la vieja, lo que
motivó una salva de aplausos y una explosión de
risas.

— ¡Bravo Poiret!

— ¡Veterano Poiret!

— ¡Apolo Poiret!

— ¡Marte Poiret!

— ¡Intrépido Poiret!

En aquel momento entró un mozo de recados, el
cual entregó una carta á la Vauquer. Leerla ésta y de-
jarse caer en una silla, fué todo uno.

— ¡Ya no falta sino que me quemem la casa! ¡El
rayo ha caído sobre ella! El hijo de Taillefer ha muerto
á las tres; la señora de Couture y Victorina me piden
su equipaje, porque se quedan en la casa, permitiendo
el señor Taillefer que la de Couture sea la señora de
compañía de su hija. ¡Bastante castigada estoy por
haber deseado el bien á esas señoras en perjuicio del
pobre muchacho! ¡Cuatro habitaciones vacías y cinco
huéspedes menos!

Se sentó en la silla y pareció estar á punto de rom-
per á llorar.

— La desgracia ha entrado en mi casa, exclamó.

De pronto oyóse el ruido de un carruaje que se de-
tenía á la puerta del edificio.

— ¡Otra gracia más! dijo Silvia.

Asomó en seguida Goriot mostrando una cara en-
cendida por la felicidad, que parecía indicar una rege-
neración.

— ¿Goriot en coche? dijeron los huéspedes. ¡Se
acerca el fin del mundo!

El buen hombre fué derecho á Eugenio, que
permanecía pensativo en un rincón, y, asiéndole por el
brazo, le dijo con tono alegre:

— Venga usted.

— ¿Por lo visto ignora usted lo que ocurre? le dijo
Eugenio, Vautrin era un escapado de presidio, y le
acaban de prender, y el hijo de Taillefer ha muerto.

— Y á nosotros ¿qué nos importa? respondió el tío Goriot. Hoy como con mi hija en casa de usted. ¿Comprende usted? Vamos, que nos está esperando.

Y tiró tan violentamente del brazo de Rastignac, que le puso en movimiento, mal de su grado. Diríase que cometía un raptó.

— ¡Comamos! gritó el pintor.

Entonces cada uno cogió su silla y se sentó á la mesa.

— ¡Lo dicho, hoy es día de desgracia! dijo la voluminosa Silvia. Se me ha quemado el guisado de carnero. ¡Bah! le comerán ustedes quemado y todo.

Faltábale fuerza á la viuda para pronunciar siquiera una palabra, al ver sentados á su mesa diez huéspedes en vez de diez y ocho; pero todos hicieron lo posible por consolarla y alegrarla. Si al principio se pusieron los externos á hablar de Vautrin y de los acontecimientos de aquella jornada, pronto abandonaron temas seguidos para charlar de mil cosas, según su costumbre; entre otras, de desafíos, de presidios, de la justicia, de leyes que reformar, de las cárceles. Pronto estuvieron á mil leguas de Santiago Collin, de Victorina y del hermano de ésta. Aunque sólo eran diez, gritaron por veinte, de modo que aún parecieron más numerosos que de ordinario; tal fué la única diferencia que hubo entre la comida de aquel día y la de la víspera. La habitual despreocupación de aquellos egoístas á quienes la vida de París debía entregar en breve otra presa que devorar, se sobrepuso, y la propia viuda de Vauquer sintió renacer en su pecho la esperanza evocada por la voz de la gruesa Silvia.

Había de ser aquel día, desde el comienzo hasta el

fin, una fantasmagoría para Eugenio, el cual, á pesar de la fuerza de su carácter y de la firmeza de su cerebro, no acertaba á clasificar sus ideas cuando se halló en el simón al lado del tío Goriot, cuyas palabras acusaban una alegría inusitada, y sonaban á su oído, después de tantas emociones, como las palabras que oímos en un ensueño.

— Todo quedó terminado esta mañana. Comeremos los tres juntos, ¡juntos! ¿me entiende usted? Hace ya cuatro años que no he comido con mi Delfinita, y hoy la tendré por mía toda la noche. Hemos pasado toda la mañana en casa de usted. He trabajado en mangas de camisa, como un gañán ayudando á subir los muebles. ¡Ah, no sabe usted qué agradable es en la mesa! Me cuidará mucho. « Tome usted, papá, coma usted de esto que está bueno ». Y entonces yo, de alegría, no puedo probar bocado. ¡Cuánto, cuánto tiempo hace que no he estado tranquilamente á su lado como vamos á estarlo desde hoy!

— ¿Pero se ha vuelto hoy el mundo al revés? le dijo Eugenio.

— ¿Al revés? repuso Goriot. Pero si nunca ha estado tan derecho ni tan bien. No veo en la calle sino rostros alegres, transeúntes que se dan apretones de manos y que se abrazan, hombres tan satisfechos cual si fuesen á comer con su hija y á saborear unas cuantas cositas finas mandadas preparar por ella en el café de los Ingleses. Pero ¡bah! con ella el acibar debe de parecer dulce como la miel.

— ¡Me parece que vuelvo á la vida! dijo Eugenio.

— Vamos, de prisa, cochero, gritó papá Goriot, abriendo el ventanillo delantero. Más á prisa, y, si me lleva usted en dos minutos adonde usted sabe, habrá cinco francos de propina.

Al oír tamaña promesa, cruzaba el cochero por París con la rapidez del rayo.

— Este coche no anda, decía papá Goriot.

— Pero ¿adónde me lleva usted? preguntó Eugenio.

— A casa de usted, dijo Goriot.

Detúvose el carruaje en la calle de Artois; Goriot saltó el primero, dió al cochero diez francos con la prodigalidad de un viudo que, en el paroxismo del placer, no se fija en lo que hace.

— Vaya, subamos, dijo á Rastignac, haciéndole cruzar un patio y conduciéndole á la puerta de una habitación situada en el piso tercero, en lo interior de una casa nueva, de buena apariencia.

Ahorróse Goriot el trabajo de llamar. Teresa, la doncella de Delfina, abrió la puerta, y Eugenio se halló en un delicioso cuarto de soltero, compuesto de antecámara, sala, alcoba y gabinete, con vistas, este último, al jardín. En el saloncito, cuyos muebles y decorado podían sostener la comparación con lo que más lindo y de mejor gusto hubiese, vió, á la luz de las bujías, á Delfina. Levantóse ésta de un sofá junto á la chimenea, sobre la cual puso la pantalla con que se resguardaba del calor, y dijo á Eugenio, con voz impregnada de ternura:

— ¡De modo que ha sido menester ir en busca de usted, don torpe!

Teresa salió. El estudiante estrechó á Delfina en

sus brazos, y rompió á llorar de alegría. Este nuevo contraste entre lo que veía y lo que acababa de ver, un día que tantas emociones habían fatigado su corazón y su cabeza, produjo en Rastignac aquel exceso de sensibilidad nerviosa.

— ¡Bien seguro estaba yo de que te amaba! dijo Goriot en voz baja á su hija, mientras Eugenio, abatido, yacía en el sofá, sin poder pronunciar una palabra ni acertar aún á darse cuenta de aquel nuevo milagro.

— ¡Pero, hombre, venga usted á ver todo esto! le dijo la de Nucingen, tomándole por la mano y conduciéndole á una habitación cuyos tapices, muebles, y hasta los menores detalles, recordaban en escala más reducida la de Delfina.

— Falta una cama, dijo Rastignac.

— Sí, señor, contestó ruborizándose y estrechándole la mano.

Miróla Eugenio y, á pesar de ser tan joven, comprendió cuánto pudor verdadero se esconde en el corazón de una mujer enamorada.

— Es usted una de esas criaturas á quienes se debe adoración eterna, murmuró él á su oído. Sí; me atrevo á decírselo á usted, puesto que tan bien nos comprendemos; cuanto más vivo y sincero es el amor, tanto más ha de permanecer velado y misterioso. No descubramos nuestro secreto á nadie.

— ¡Oh, yo no seré nadie!... dijo papá Goriot algo disgustado.

— ¡Pero bien sabe usted que usted es *nosotros*!...

— Eso es lo que yo quería oír. ¿Verdad que no os